

RAIMUNDO DE LOS REYES, POETA

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

Raimundo de los Reyes-García y Martínez (1896-1964), periodista y escritor murciano, destaca fundamentalmente dentro de la literatura de creación en el género de la poesía lírica, donde cosecha merecidos triunfos, no ya a nivel local, sino en el ámbito de los cenáculos nacionales. Sus años de vida, casi setenta, le permiten ser testigo, dentro de la evolución de la poesía española, de los últimos resquicios del postmodernismo bohemio y agonizante, hasta el inicio de las nuevas tendencias de la lírica a partir de la década de los cuarenta, pasando, y por supuesto deteniéndose, por coincidencia generacional, con los escritores de la generación del 27. En este sentido su participación dentro del movimiento literario murciano en torno a esta generación es muy activa, como seguramente enseguida comentará el Prof. Díez de Revenga.

Todos los que se han ocupado, aunque algunos muy tangencialmente, de la obra poética de Raimundo de los Reyes –Rodríguez Cánovas, Ballester, Sánchez Moreno, Oliver Delmás, González Ruiz, Sáinz de Robles, Llanos de los Reyes, Crespo Pérez, Juana M^a Dávalos...–, confirman la calidad poética de la obra de Raimundo, destacando la hondura de sus composiciones, la precisión técnica de sus versos y estrofas, la fina sensibilidad y la emoción sincera y profunda de sus intuiciones, que a veces, y sobre todo, en los últimos libros nos lleva a un temblor emocional de muy alta calidad poética. Solamente una cita de Federico C. Sáinz de Robles nos facilita la labor, y nos releva de ser más explícitos:

“Poeta hondo y alto. Poeta con raíces siempre vivas, y con fronda siempre renovada y limpia. Poeta modernísimo con la única mo-



derinidad admisible: la de ser, a la par y en equivalencia, muy de hoy y muy de ayer, de siempre y para siempre”.

Si tratamos de hacer una síntesis de su obra poética –las circunstancias en cuanto al tiempo nos obligan a ello–, la producción literaria de Raimundo de los Reyes quedaría enmarcada en los cuatro siguientes apartados: a) Obras relacionadas con los poetas de la Generación del 27: *Campo* (1927), *Abecedario* (1929), *Tránsito* (1934), y *Árbol* (1942); b) Etapa religiosa: *Cancionero de la Preciosísima Sangre* (1951), y *Nueve sonetos al Cristo del Rescate*; c) Poesía festiva y satírica: *Ripios del día de Luis Romera* (1958); d) Finalmente una poesía de matiz trascendental y de honda reflexión, que encontramos en las dos obras publicadas póstumamente en 1966: *Un ángel me acompaña* y *Los caminos del silencio*, ambas editadas por esta Real Academia.

En 1927 publica Raimundo de los Reyes *Campo*, poemario que dedica a Andrés Cegarra y a otros escritores murcianos. La belleza de la naturaleza está presente en este hermoso libro, en cuya composición *Cumbre*, de arte mayor, y en correctos serventesios, nos invita el poeta, con Horacio y Fray Luis, a gozar de las esencias del campo que contrastan con la rutinaria vida de la ciudad:

*Allí la ciudad chata y agobiada
del limo de sus férridas pasiones;
Aquí la tierra buena y saturada
de aromas y de luz y de canciones.*

Todos los elementos de la naturaleza –el camino, el cielo, la tarde, la mañana, el paisaje, el agua, el crepúsculo, la noche, la tarde, el árbol, los pájaros, el viento, las estrellas...–, se conjugan para dar armonía a esa vida que presagia el poeta en este largo caminar:

*Cantar, caminar
–¡golondrina hermana
que el dolor enluta!–
y cada mañana
encontrar
un nuevo cantar
y una nueva ruta.*

La huella de García Lorca la encontramos en la composición *Silencio*. La segunda parte del libro, dedicada a José Ballester, la titula *Lluvia de Estrellas*, e *Inquietud* a Andrés Sobejano... En general *Campo* es un buen poemario, y delata un poeta con maestría en su quehacer, apreciándose finas sensaciones ante los elementos de la naturaleza, traídos a buen lugar con escrupulosa habilidad, gozando el poeta con ese contacto entre su yo y la naturaleza viva y radiante.



Abecedario es su segundo libro de versos, aparecido en 1929. Dedicado a los niños, acusa apartados tan significativos como *Colegio*, *Juegos*, *Poema de los botones*... El aspecto formal de esta obra está muy cuidado, destacando conseguidas metáforas que muestran a los niños como “remeros de navegar fatigados”. El franciscanismo del *Poema de los botones* se compagina con el jovial y gracioso relato infantil, cuajado de intensa emoción lírica, para darnos una visión del colegio por dentro, acabando con una gozosa explosión en la composición *Recreo*, en donde la actividad lúdica de los pequeños está siempre presente. Muy bella es la composición *Lunita dame pan*, donde el diálogo entre la luna y la niña nos aboca a un ambiente muy humano y de amor en el que se conjugan naturaleza y costumbrismo infantil. No falta el tono elegiaco en *La niña ciega*, atemperándose en esta composición la estructura del romance a la expresión externa de los signos trágicos que conllevan la disminuida facultad de la niña. En el libro, propio de un pedagogo encariñado con los niños, no faltan los reflejos de García Lorca, Alberti, y a veces, en cuanto al espíritu del poemario, el mundo de Juan Ramón Jiménez.

El tono elegiaco desde el principio hasta el final encontramos en *Tránsito*, que Ediciones Sudeste dan a luz en 1934. Dedicado íntegramente a su madre, se inicia con la cita de Jorge Manrique. “Dio su alma a quien se la dio”, y con la intención del poeta: “Como una oración íntima / a su recuerdo amado”. La larga tradición española en cuanto a la muerte de un ser querido, pesa en el ánimo de Raimundo de los Reyes, incluso al identificar muerte con sueño, consiguiendo imágenes de belleza apreciable con verdaderos juegos de palabras y connotados contrastes:

*¡Qué negra noche en la mañana clara
cernió su oscuridad sobre mi vida!*

Soledad y tristeza acompañan al poeta en este doloroso peregrinar por la vida, ante el hecho de la muerte de un ser querido; pero sobre ello será claro el sentimiento cristiano y esperanzador, fraguado en lo profundo de su ser mediante el recuerdo y el dolor sincero que produce la ausencia inesperada dentro de la resignación cristiana y amorosa:

*Déjame, mudo en mi silencio,
fijo mi pensamiento en ella,
que aunque, para buscar consuelo
llorar, amada, pretendiera,
¡no tienen lágrimas mis ojos
para aliviar esta tristeza!*

El libro se cierra con el frescor y popularidad de unas cancioncillas en las que, con un tono de extraordinaria sencillez, y a veces ingenuidad, vierte el poeta el motivo central de todo el poemario, es decir, el dolor por la muerte de su madre. Poesía sentida, familiar, honda y de lamentos no ciertamente desgarradores.

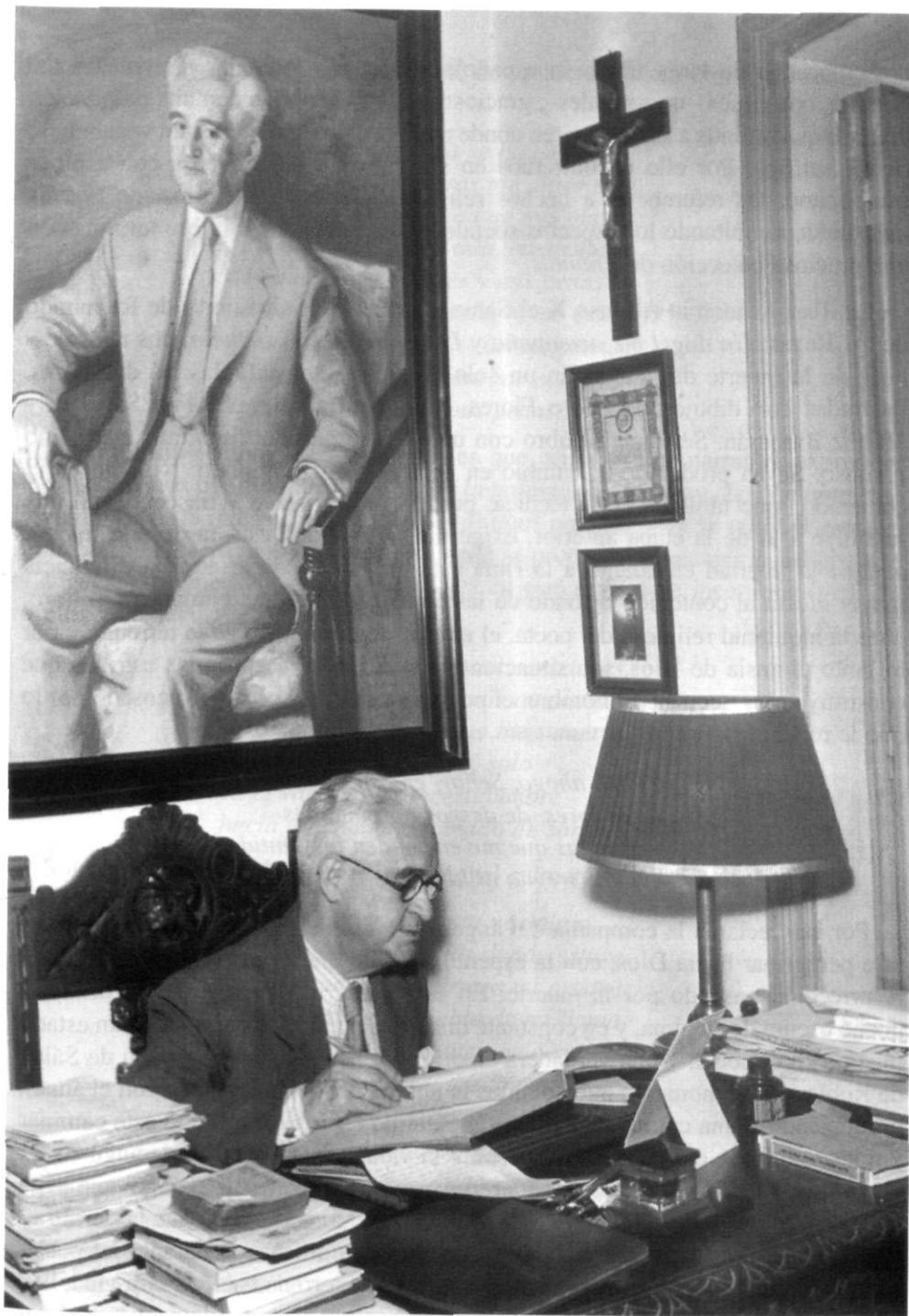


También Ediciones Sudeste publica, ahora en Madrid y en 1942, y con una nota preliminar de Nicolás González Ruiz, *Árbol*, con el subtítulo de *Poesías*. Dedicado esta vez a Remedios –su mujer–, es de nuevo el contacto del poeta con la naturaleza, pero no como en *Campo*, sino de una forma más estilizada, más poética, más segura. Las cuatro quintillas que nos introducen en el tema se refieren a las cuatro estaciones, señalándonos la esencia del mundo en que nos vamos a mover a través de *Árbol*. Las imágenes del río, con referencias lorquianas, de la mañana –“aquella mañana blanca / se está bañando en el río”–, o las huellas de Guillén, sin perder a Lorca, en las composiciones *Nocturno*, o *La copla en el olivar*, dan entrada a finas intuiciones líricas sobre el campo, el azul del mar, la noche amable, en tono místico, producen momentos de intensidad poética, pues se conjugan elementos materiales –sombra, noche, día, canto de las aves, luna, sortilegio...–, para conseguir una intimidad dialogante, y una calidad poética que sobrepasa con creces la visión que el poeta nos presentó en *Campo*.

La segunda etapa corresponde a la poesía estrictamente religiosa de Raimundo de los Reyes, y está representada por *Cancionero de la Preciosísima Sangre y Nueve sonetos al Cristo del Rescate*. Independientemente de la estructura formal de estos poemarios, destacamos la variedad estrófica del primero y los perfectos sonetos del segundo, Raimundo, que muestra el oficio de buen versificador, nos recrea con imágenes poéticas de apreciable belleza, pero además, esta nueva faceta meditativa del poeta, revela su predilección por la Semana Santa murciana, un tratamiento sobre la cristología pasionaria y una actitud fervorosa por los dos Cristos muy murcianos: el de la Sangre y el del Rescate. Asegura Antonio Oliver, no sé si muy laudatoriamente, que no hay en la poesía religiosa contemporánea española “otro parangón que esté a la altura de Raimundo de los Reyes sino el *Magnificat* del moguereno Francisco Garfias”.

Una nueva faceta, ciertamente nueva en el poeta, marca la obra *Ripios del día de Luis Romera*, colección de composiciones publicadas en *Ya* de Madrid desde 1953 hasta 1958, y aparecida en Madrid en 1958 con prólogo de Federico C. Sáinz de Robles. Atento a la larga tradición de la literatura satírica y festiva, desarrollada con anterioridad en la segunda mitad del XIX y principios del XX, Raimundo muestra con esta obra su triple personalidad: Luis Romera, poeta festivo y satírico; Hilarión, comentarista de la actualidad; y Raimundo de los Reyes, el poeta lírico que comentamos. Pero la sátira de Raimundo es de buena ley, está escrita en clave de buen humor, sobre todo cuando se refiere a los acontecimientos y sucesos más significativos de la actualidad. Destaca defectos, critica situaciones, satiriza ingenuamente, no ataca con alevosía, sino más bien con equilibrio deliberado. La objetividad periodística –no olvidemos que es brillante periodista–, está siempre presente en la diaria labor de crítica de los acontecimientos. Y en efecto, por su pluma y con la facilidad de humorista, pasa el





Escribiendo. En el muro, retrato de Florencio (1958)

costumbrismo de larga tradición española, abarcando todas las actividades del hombre, con ripios –no son tales–, graciosos, y todo adobado con una palpitación humana que infunde a sus versos, en donde no falta el lirismo junto a un vocabulario rico y satírico. Por ello encontramos en sus ripios, muchas veces con espíritu franciscano, las referencias a hechos religiosos, festeros, literarios, de la vida madrileña, no faltando los aspectos sociales y del momento. El libro termina con una preciosa colección de *Fábulas*.

La Real Academia Alfonso X el Sabio edita en 1966 dos obras de Raimundo de los Reyes: *Un ángel me acompaña* y *Los caminos del silencio*, dos años después de la muerte del poeta. En un solo volumen van incluidas las dos obras, ilustradas con dibujos de Pedro Flores, Mariano Ballester, Molina Sánchez y Muñoz Barberán. Se inicia el libro con un buen retrato del fotógrafo madrileño Alfonso. Se ha producido el cambio en la poesía de Raimundo. No sólo en el contenido, sino también en la técnica, pues la poesía grave y trascendental que sustituye a la de la etapa anterior, exige un verso y una estrofa de arte mayor, aunque la libertad en cuanto a la rima esté manifiesta. Pero aquí la diferencia mayor afecta al contenido o fondo de las composiciones que componen el libro, pues la inquietud religiosa del poeta, el intento de despojarse de lo terrenal, y por lo tanto el ansia de Dios, son situaciones vividas a lo largo de las estrofas que constituyen los poemas. El hombre, el poeta en este caso, se siente acosado por lo que le rodea:

*Yo me ahogo, Señor, en esta charca
de ardores, de deseos apremiantes
urgencias que me encienden los sentidos
sin dar tregua al latido de mis pulsos.*

Por eso reclama la compañía del ángel, para que le proteja y le acompañe en este peregrinar hacia Dios, con la esperanza de un día alcanzar la plenitud de la resurrección pasando por la muerte. En esta peregrinación del poeta, desde la noche oscura de su alma, y en constante diálogo con el ángel se produce un estado místico en el poeta, y una verdadera “teoría angélica”, según expresión de Sáinz de Robles, en el momento que notamos la unidad del alma del poeta con el ángel, produciéndose una culminación hacia la plenitud espiritual. En todo este caminar y tránsito expone el poeta sus ideas sobre la vida –“breve tránsito de angustia”–, el vivir, la soledad, la tristeza... para refugiarse en el ángel: “Es el ángel que llega al lado mío”, ángel que le protege, le guarda: “Siento sobre mi carne la ternura / angelical del ángel que me guarda!”. Si es íntima e intensa la unción del poeta, sobre todo en momentos trascendentales de su vida terrena hacia la otra vida, hay que destacar las imágenes de la composición *Nocturno*, en que la noche es el comienzo de un estado de ánimo desde el que se inicia la ascensión hacia otros momentos. Aquí la huella de San Juan de la Cruz está manifiesta, consiguiendo el



poeta cotas muy altas de emoción lírica, de inquietud interrogante, de ansias de eternidad:

*Un nubarrón de luna se ha ceñido
y la noche en negruras me atormenta...
¿Dónde estás, claridad de mis pupilas?
¿Dónde estás, amor mío, compañero
de mis incertidumbres y mis penas?
¿Bajo qué blanda trocha te me ocultas?
¿Tras qué cañaveras velas tu gracia?
¿Desde qué suave otero me contemplas
esquivo lazarillo de mis penas?*

Intercalando episodios circunstanciales que originan una narrativa expresiva de más o menos oportunidad –*El ángel y la paloma, En la playa, La Navidad y el ángel*–, vuelve la intensidad lírica en los últimos poemas –*Noche triste, Panteón, A mi cuerpo enterrado y a mi ángel*–, donde se produce la separación del poeta y el ángel. Solo y perdido se queda otra vez en este mundo de incertidumbres, de celos y de angustia:

*Perdido estoy en sombras cautelosas
dentro del socavón de mis angustias;
sima sin fondo en la que me sumerjo
sin asidero, sin camino, solo
en el vacío de la incertidumbre
hacia un mundo agobiado de sorpresas.*

Sólo el recuerdo de la presencia del ángel calmará la sed del poeta:

*Pero tú quedarás con tu nostalgia
de mí en aquellos sitios donde estuve
proclamando a los vientos mi existencia
manteniendo el rescoldo de mi llama,
afirmando mi ser, resucitando
a cada instante mi latido inmóvil
para que no se pierda en el vacío
esta gracia de espuma que me diste.*

Raimundo de los Reyes ha conseguido con este libro, por lo menos para mí, una obra maestra de la lírica contemporánea. Es toda una teoría de la vida, de la protección angélica, de la conformidad ante la muerte, de la consideración de la banalidad y pequeñez de las acciones humanas. Pero al mismo tiempo un descanso, una lógica situación de la esperanza en vida, haciendo renacer en el poeta una visión trascendental y de descanso, en la que la muerte física nada cuenta, sino el renacer a una vida mejor:



*A la serena paz del Universo
ya sin tristezas, dudas ni pesares,
con claridad de amanecer en todo,
sin ardores, ni afanes, ni recelos;
en un ancho horizonte de armonía
con cielos sin tormenta y dulces mares
sin contingencia alguna de naufragio.*

Entonces, dice el poeta:

*Todo será perfecto en torno tuyo
doncel en suspensión de eternidades...*

En *Los caminos del silencio*, última obra de la lírica de Raimundo de los Reyes, vuelve, en términos generales, a repetirse el tema de *Un ángel me acompaña*. Se trata, pues, de un proceso o ejercicio ascético hacia la vida sobrenatural, pero esta vez sin el acompañamiento del ángel. La finalidad la consigue ahora a base de una espiritualidad que intenta lograr sólo con recursos humanos. Por eso aparece en todo el libro el desamparo, la soledad..., hasta ser estas situaciones reiterativas, en busca siempre de un estado mejor y más espiritual hacia la sobrenaturalidad de nuestra vida eterna. Al poeta le agobia la angustia, es decir, la lucha por llegar hasta donde se propone. Dice en *Estío de angustias*:

*Un loco voltear de cangilones
vacíos es la angustia que me invade.*

Por esto el tiempo adquiere una dimensión grave y preocupante, que a veces se mitiga con el silencio que acoge como lenitivo:

*No hay pájaros, no hay hombres... La jornada
camino por las sendas en silencio;
tan sólo me acompaña
la soledad del tiempo.*

Misteriosamente la noche es refugio del alma inquieta del poeta, y en ella se ha producido el desenlace con que acaba esa vida de angustia, de incertidumbre, de zozobra, hasta encontrar la segura senda en esta ascensión hasta la salvación:

*En ti se acaba toda la zozobra
que el corazón inquieta y pone en vilo;
tu angustia es la razón liberadora
del alma... A su destino
caminarán por ti segura y sola.*

Raimundo de los Reyes llega con esta últimas obras a la perfección de su producción poética. No sólo por la originalidad en la presentación del tema central, sino por la calidad humana de la que parte para, mediante la lucha, la



angustia y la esperanza, llegar, por dos vías –acompañado y solo–, a un plano sobrenatural y de segura salvación. Pero no es, como indico, solamente original en el planteamiento temático, sino en la forma y en el dominio de los recursos estéticos de carácter formal. Los endecasílabos como verso principal –a veces hay algunos heptasílabos–, son perfectos, sonoros, graves en su contenido. La rima que no aparece en *Un ángel me acompaña*, la utiliza asonantada en muchas estrofas de *Los caminos del silencio*. Arte mayor con el clásico endecasílabo, para un tema tan elevado y solemne como el que trata en estos poemarios Raimundo de los Reyes.





Dibujo de Luis Garay

